

BOLETÍN DE LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA EN EL ESPÍRITU



Número 8

Enero de 2006

Palabra de Dios

“Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en las sinagogas y en las esquinas de las plazas bien plantados para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya reciben su paga. Tú, en cambio, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”

Mt 6, 6

Índice

<i>Oración Personal, Grupo que Ora y Testimonio</i>	1
<i>Enseñanza: La Oración</i>	2
<i>Este Mes: La Comunidad</i>	5
<i>Para Meditar</i>	8
<i>El Rincón de los Testimonios</i>	8
<i>Recordemos qué es la Renovación: El Canto en Lenguas</i>	9
<i>Noticias...Noticias...Noticias</i>	11
<i>A Tu Servicio</i>	11

Oración Personal, Grupo que Ora y Testimonio

Orar...

Hablar de la oración que acompaña nuestras vidas no siempre es fácil, ya que se corre el riesgo de proyectar el deseo, más que expresar la realidad. Se puede caer en la tentación de poner a nivel de vivencia personal lo que es tan sólo un sincero deseo.

Es evidente que en los evangelios recibimos la invitación de escondernos a un lado... de resguardarnos un tiempo concreto, y preparar el corazón para estar con Dios. Debemos, con insistencia, pedirle al Señor la gracia de un deseo de orar que esté cosido a nuestra alma y a nuestra vida de todos los días. Pedirle que nuestra alabanza surja de un corazón tan cercano a los hombres como a Él.

Nos convendría hacer una relectura de la experiencia de nuestra oración. Recordar y hacer memoria: ¿Cuándo, en tu historia personal, la oración y el deseo de orar han tenido o tomado importancia en ti? Cuando oras... ¿hay textos de la Escritura que utilizas más a menudo? ¿Hay pasajes del evangelio, aspectos del misterio de Dios, de la vida de Cristo, que te son más sugerentes?

Hoy... ¿qué es lo que te ayuda más en tu deseo de oración y alabanza...? ¿Lugares, sitios? ¿Actitudes? ¿Personas? ¿Acontecimientos? ¿La soledad? ¿..?

Orar en grupo...

Son muchos los que nos recuerdan la importancia, y muchos más los que hemos vivido la experiencia, de recibir apoyo de los hermanos que se citan a orar juntos al mismo tiempo y en el mismo lugar. Es evidente que la llamada a tratar a solas con Dios se fortalece desde el acompañamiento de una comunidad o grupo de oración que alabe, desde la pobreza, al Señor.

La oración en un grupo de oración como los nuestros nos empuja al encuentro con el Señor y potencia nuestro deseo de oración. La obediencia a la vida que el Espíritu deja que se suscite en los grupos nos impide arrojarnos en el individualismo o en la radical soledad como únicos espacios de oración. Por el contrario, sólo cuando se ha vivido una experiencia comunitaria sabemos que ir al desierto no es huida ni la plegaria secreta es egocentrismo.

Oración apostólica

Sería bueno hacer un repaso de los textos que hablan de la oración de San Pablo. Y desde allí deducir algunas características de la oración del Apóstol. Viendo las características de la oración paulina, podemos preguntarnos si tiene o no algo que ver con nuestra concepción personal.

Leyendo textos como los señalados, al final nos podremos dar cuenta de que la vida del apóstol Pablo y su actividad llevan la marca de la fe y son vividas siempre en diálogo con Dios. Él vive y actúa "delante de Dios".

Pablo "reza" mucho:

(Rm 1,8-11; Co 1,4-9; Ef 1,15-16; Flp 1,3-7; Col 1, 3-8; 1 Ts 1,2-5; 1 Ts 2,13-14; 1 Ts 3, 7-10; 2 Ts 1,3-5; 2 Ts 1,10b-12; 1 Tm 1,12-14; 2 Tm 1, 3-4; Flm 1,4-5; Ef 1, 3-14; Ef 1, 17-23; Ef 3, 14-19; Rm 15, 5-6; Rm 15, 13; 1 Ts 3,11-13; 1 Ts 5, 23-24; 2 Ts 2, 16-17; 2 Ts 3, 16; Hb 13, 20-21; Rm 12, 1-2; Rm 15, 15-17).

"constantemente", "noche y día", "sin cesar"... Son afirmaciones repetidas que marcan a menudo el principio de sus cartas. Oración continua y frecuente, en la línea de las primeras comunidades, que eran "asiduos a la oración".

Esta oración es Apostólica. El objeto de su contemplación es la presencia y la acción de Dios por su Espíritu en la vida de la gente. Su oración habitualmente se dirige al Padre; es una oración "en el Espíritu" (Rm 8,15; Ga 4,6) y es una oración que penetra toda su actividad.

El equipo de servidores de la Zona Centro

Enseñanza: La Oración

¡Qué difícil es para el hombre de hoy tener un rato de silencio, de soledad, de interioridad, para encontrarse consigo mismo y con Dios, es decir, para orar! Parece que todo lo de este mundo esté hecho para dispersarnos, para tenernos no "convertidos" sino "divertidos", esto es, fuera de nosotros mismos, vertidos hacia lo externo, las imágenes, las cosas, los ruidos, las ocupaciones... La radio, la televisión, el móvil, el fijo, Internet, los trabajos, el tráfico, los compromisos, todo nos acapara de una forma poderosa y nos roba lo esencial. Y, sin embargo, una vida cristiana sin oración no puede llamarse tal.

Es un regalo privilegiado del Señor tener una comunidad, un grupo de oración donde, al menos una vez a la semana, podemos reunirnos a orar, olvidando el ajetreo de la vida y centrando todo nuestro ser –cuerpo, alma y espíritu– en la alabanza a nuestro Dios, en la acogida de su palabra, en el encuentro fraterno y en la escucha del testimonio de las obras que Dios, nuestro Padre, va haciendo en nuestras vidas. Sin embargo, la comunidad, que es un don precioso, se hace realidad porque cada uno de sus miembros ha tenido un encuentro con Jesús resucitado y mantiene ese contacto con él a través de la oración personal, reservando un tiempo cada día para entrar en el aposento interior, cerrando la puerta a todo lo demás –no dejándolo

fuera sino, paradójicamente, llevándolo con él– y así encontrarse con su Dios que le espera en el silencio, que le ve en lo escondido. Allí el Señor le va desvelando más y más su rostro y le va transformando, poco a poco, en imagen suya. Sin ese encuentro personal de cada uno de nosotros con el Señor, la asamblea semanal de oración pierde poder, se puede volver rutina, y la oración que no hemos hecho se la hemos robado también a los hermanos.

Orar es tener un tiempo de intimidad con el Dios que me ama y me salva, con el Dios que me trasciende y me busca, que me da la vida y, al tiempo, se hace necesitado de mí para la extensión de su Reino.

Es cierto que casi todos tenemos una jornada laboral larga, una familia que cuidar, una casa que atender, unos compromisos familiares y sociales... A veces, también, un ministerio en la Renovación y una responsabilidad en la parroquia, pero ¿qué tiempo reservamos para nosotros mismos, para ese encuentro con el Dios que nos habita, nos habla, nos libera, nos salva? En veinticuatro horas encontramos tiem-

po para casi todo, menos para ese ratito de intimidad con Aquel que nos ama, Aquel que va a dar sentido a todo lo que ha sucedido en el día, lo profano y lo espiritual, Aquel que va a colocar en su justo lugar nuestros pensamientos y nuestros afectos, nuestros cansancios y nuestros sufrimientos, nuestros éxitos y nuestros fracasos, nuestros desalientos y nuestras alegrías, Aquel que va a dar un sentido sobrenatural y trascendente a todo nuestro ser y nuestro quehacer. ¡Porque todo esto sucede en la oración! Pero muchas veces escatimamos ese tiempo que nos va a pacificar, nos va a dar consistencia, va a armonizar nuestra vida, tan dispersa a veces, y nos va a hacer crecer y a dar fecundidad. Y fecundidad no en obras, en eficacia, sino en frutos del Espíritu Santo: frutos de amor, de confianza en el Señor, de esperanza y alegría, de paz profunda, de verdadera fraternidad...

Tenemos la experiencia de que podemos medir nuestra vida –en lo humano y en lo espiritual, que nunca van separados– con el baremo de la oración: si ésta va bien, todo lo demás va bien. Y cuando digo que "va bien" no me refiero a que la oración sea muy sublime, muy gratificante, muy sensible, sino que sea constante, confiada, perseverante, aun en medio del desierto, la sequedad y la oscuridad, porque el encuentro con Dios no se da ni en la inteligencia ni en los senti-

Si nos alejamos de la fuente, nuestra vida, no sólo personal sino también comunitaria, languidece y se puede convertir en un simple rito: “Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13).

mientos, sino en el fondo del alma. Cuando nos alejamos de la oración todo en nuestra vida se empieza a hundir, y los problemas de la existencia nos pueden, nos agobian, nos descentran, nos deprimen... Y esto es así porque Jesucristo es la fuente de la vida, de la gracia, de la luz, el único manantial donde podemos saciar nuestra sed –de bien, de infinito, de belleza, de felicidad...– para que nuestra vida adquiera valor y sentido. Si nos alejamos de la fuente, nuestra vida, no sólo personal sino también comunitaria, languidece y se puede convertir en un simple rito: “Este pueblo me honra con sus labios, pero su corazón está lejos de mí” (Is 29, 13).

Los Padres de la Iglesia nos dicen que existen tres liturgias. La liturgia visible, que es la de la Iglesia, la de la comunidad; la liturgia invisible, que es la del corazón de cada hombre; y la liturgia celestial, que celebran los ángeles y los bienaventurados ya en el cielo y a la que nos unimos, por la comunión de los santos, hasta que lleguemos al Reino y gocemos de la plenitud de la alabanza a Dios. Pues bien, cuando la liturgia invisible del corazón, del encuentro con Dios en la oración, no sucede, la liturgia comunitaria se fosiliza. Muchos hemos tenido experiencia de un tiempo en que la palabra, los sacramentos, la liturgia, la eucaristía no nos decían nada, no tenían una correspondencia con nuestra vida real porque vivíamos una fe cultural, aprendida, de simple cumplimiento, pero aún no se había dado ese encuentro con el Dios vivo, con Jesucristo resucitado, en el Espíritu, con ese Dios trascendente y omnipotente y, a la vez, cercano e íntimo al que yo le importo, que actúa en mi vida, me ama infinitamente tal como soy, me

ayuda, me corrige, me conduce y me va poseyendo más y más.

Orar no es recitar fórmulas aprendidas ni inventar frases preciosas dirigidas a Dios, ni tener pensamientos sublimes: es un encuentro con el Dios que mira y que, al mirarme, me descubre quién soy realmente, cuál es el sentido de mi existencia y el valor de mi ser.

Orar es tener un tiempo de intimidad con el Dios que me ama y me salva, con el Dios que me trasciende y me busca, que me da la vida y, al tiempo, se hace necesitado de mí para la extensión de su Reino. Es escuchar a Dios que me llama por mi nombre y descubrir en ese nombre que Dios pronuncia mi vocación.

Orar es poner todo mi ser ante Dios, con su pobreza, su pecado, sus anhelos, sus trabajos, sus esperanzas, sus heridas, sus miedos, sus sufrimientos..., y dejar que él lo ilumine y lo ame todo. Es entrar en la presencia del Señor despojado de mis apariencias, mis máscaras, mis protecciones – con las que me cubro ante los demás y ante mí mismo– y dejarme ver sin justificaciones ni excusas, aun en mis abismos más profundos, por el único que me ama del todo y tal como soy. Es dejarme herir por ese amor infinito y misericordioso de manera que rompa mi corazón de piedra y lo abra a él y a mis hermanos.

Ciertamente, la oración es un don, es un regalo de Dios. No es algo que podamos ganar con determinadas obras o actitudes buenas. No llegamos

Igual que yo de niña veía pasar mis problemas e inquietudes de mis manos a las manos de mi madre, nosotros en la oración vemos cómo todo lo nuestro es asumido, amado, salvado y resucitado por Jesucristo, el Señor.

a Dios por nuestros méritos: es él, en su magnanimidad y misericordia, quien busca encontrarse con nosotros, quien por amor desciende a nuestra nada y nos regala el encuentro. Pero el Señor quiere que lo deseemos, que lo busquemos, que pidamos al Espíritu que venga en ayuda de nuestra debilidad y que estemos a la espera de su venida con las lámparas encendidas, con hambre y sed de su presencia porque en ello nos va la vida y la felicidad. Orar es volver al hogar, a la intimidad profunda, al abrazo con el Amado después de caminar los caminos de la vida, tal como hacía Jesús que hambreada cada día el encuentro con su Padre en la soledad del monte, en el silencio de la noche.

Cuando era niña, pasaba gran parte del día fuera de mi casa, en el colegio. Salía temprano y regresaba a media tarde. Y volvía contenta porque en casa estaba mi madre –y mi madre era la personificación del hogar, del calor, de la seguridad– y porque estaba totalmente segura de su amor incondicional por mí. Cuando llegaba, mi madre estaba en sus ocupaciones de ama de casa de familia numerosa –planchando, repasando la ropa, limpiando la verdura para la cena...– y yo me sentaba a sus pies y le iba contando cómo había sido mi día con sus alegrías y sus disgustos, sus éxitos y fracasos, las situaciones que me habían desconcertado y no entendía... Cuando mis cosas de niña habían pasado de mis manos a las suyas y mi madre me hablaba, me sentía en paz, segura, aceptada y amada y con fuerzas para afrontar las ocupaciones del día siguiente. Eso y mucho más sucede en la oración, porque a la oración llevamos la vida. Orar no es aislarse en un castillo interior, en un individualismo etéreo y sublimado. La oración nos abre, no nos cierra, y por eso a la oración llevamos todo: a nosotros mismos con todo lo que hay en nuestro interior, a los que amamos, a los que no amamos bastante, a los que no sabemos o no podemos amar, a los enemigos, a los que sufren, a la Iglesia, al mundo con sus oscuridades y problemas...

Por ello, en la oración cabe la peti-

ción, la súplica, la intercesión, el grito de imprecación, la alabanza, la acción de gracias, el combate con Dios... Y cabe la meditación de la palabra, la adoración y, si el Señor nos lo concede, la contemplación profunda, la boda del alma con Dios, la unión transformante, ese “amada en el Amado trasformada” de que nos habla san Juan de la Cruz. Pero cabe también la ausencia de Dios, ese experimentar su silencio y tocar la oscuridad, como si nos dirigiéramos a un muro donde nadie nos escucha. Eso también es oración, en la que hay que permanecer para comprender y aceptar que la oración no la creamos nosotros sino que es un don de Dios: es una relación con Otro que no podemos manipular y, aunque ese Otro está, ¡siempre está!, puede tardar en darnos signos de su presencia. Esta aparente ausencia nos empuja a ponernos de rodillas ante el misterio de Dios, a destruir ese falso dios a nuestra imagen y semejanza que a veces nos creamos y a esperar pacientemente la revelación del verdadero Dios.

En cualquier caso, tras todo ello siempre la escucha, el silencio y la escucha, sin contestarnos a nosotros mismos porque Él es el único que puede darnos todas las respuestas.

Sabiendo todo esto, ¿por qué nos cuesta tanto la oración? Pedro Reyero nos lo explicó en una enseñanza clara y preciosa. En la oración no se entra de golpe. Como casi todo en la vida espiritual, el Señor nos lo regala a través de un proceso, cuando hemos decidido tomarnos la oración en serio.

La primera fase es la iluminación, porque Dios es luz y cuando nos acercamos a él lo primero que hace es iluminarnos. Y lo hace no precisamente en lo bonito y bueno que tenemos sino en lo oscuro, en lo que está todavía reprimido, oculto, herido, en tinieblas... Y sucede que nos ponemos ante el Señor y empiezan a salir nuestras envidias, rivalidades, resentimientos, juicios... Y aparece nuestro egoísmo y nuestra búsqueda de nosotros mismos, nuestro orgullo, nuestros fariseísmos y apariencias... Delante del Señor vemos que nuestras obras, aun

las que hacemos por él, están teñidas de vanidad, tienen un poso poco claro... Y salen las dudas, la falta de fe, la desesperanza, los resentimientos contra Dios por lo que no acepto en mi vida... Y, ante todo esto, nos escandalizamos y salimos huyendo, abandonando la oración, porque todo lo que teníamos tan bien controlado para que no apareciera, lo hace ahora destruyendo la imagen idealizada que tenemos de nosotros mismos. Pero si sale todo eso, es porque estaba ahí. Y necesitamos pedir al Señor una gran humildad para aceptarlo y dejarnos amar por Dios –nuestro Padre que nos ve en lo secreto– en lo pobre, débil, roto y deformado de nuestro ser, porque justamente ahí es donde necesitamos su mirada de amor sanadora. En el encuentro con Dios en la oración, descubrimos nuestra verdad, una verdad que nos libera y nos sana: es el poder sanador de la oración. Si no nos asustamos y permanecemos bajo su luz, si aceptamos nuestra desnudez ante él, si nos presentamos sin defensas, ni tapujos, sin miedos ni excusas, dice la palabra que nuestro Padre nos recompensará.

Y, ¿cuál es la recompensa del Padre? Lo sabemos muy bien: su Hijo Jesucristo. En él nos muestra su rostro de amor, de ternura, de perdón, de salvación... En él nos lo da todo. Y así entramos en la segunda fase de la oración: la liberación. Cuando perseveramos en la luz vamos viendo que toda esa miseria y pecado que nos asusta, no está ya en nosotros ni en los hermanos: está en el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, en las llagas y el corazón del Crucificado, porque como nos dice Pablo *“hemos sido salvados en su cuerpo de carne, para presentarnos santos, inmaculados e irreprehensibles delante de Él”* (Col 1, 22). Esa es la recompensa del Padre: igual que yo de niña veía pasar mis problemas e inquietudes de mis manos a las manos de mi madre, nosotros en la oración vemos cómo todo lo nuestro es asumido, amado, salvado y resucitado por Jesucristo, el Señor.

Y después, el Señor quizá nos puede regalar, si es su voluntad, la contemplación, que es la fase de la trans-

formación, ese estar unidos a Dios, abandonados totalmente a él, poseídos por él. Allí la Trinidad se comunica directamente al alma sin necesidad ya de palabras, ni sentimientos, ni pensamientos...

En definitiva, la oración es un camino, un peregrinaje que nos lleva a ese lugar donde Dios nos habita, a ese aposento interior lleno sólo de la presencia del Señor. La puerta de esa habitación está cerrada, pero se abre con una llave: la oración.

“La escalera para alcanzar el Reino de los Cielos está escondida en tu alma. Sumérgete en tu interior, entra en la habitación del tesoro y conseguirás ver el cielo”.

Isaac de Nínive, un monje del desierto, nos dice: “La escalera para alcanzar el Reino de los Cielos está escondida en tu alma. Sumérgete en tu interior, entra en la habitación del tesoro y conseguirás ver el cielo”. Toda la riqueza que podemos poseer se encuentra ya dentro de nosotros. La oración, como encuentro verdadero con Dios, significa introducirse en el regazo del Padre, por la puerta que es Jesucristo y de su mano, para renacer como hombres nuevos por obra del Espíritu Santo. Y hombres nuevos, ¿para qué? La oración no es una práctica piadosa e intimista: es una verdadera vocación. El universo está habitado por la presencia amorosa y salvífica de Jesús, Rey y Señor, que nos espera con sus brazos abiertos y su costado traspasado para atraer a todos los hombres hacia sí y regalarles la salvación y la vida eterna. Y los cristianos estamos llamados a llevar a su presencia, a través de la oración, todas las realidades de nuestro mundo, para que en él alcancen la plenitud, la resurrección y la gloria.

María Jesús Casares

Este Mes: La Comunidad

El P. Lázaro Iparraguirre, O.C.D. nos habla este mes de la comunidad como cimiento para la vida en el Espíritu que nos ha sido regalada.

LA COMUNIDAD EN LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA

Hay temas, como éste de la comunidad, que, por sí mismos, se convierten en la base sobre la que edificar la nueva realidad que nos depara el Señor cada vez que en su infinita magnificencia tiene a bien visitarnos con su gracia y despertarnos de este modo a una vida nueva.

Como una vida nueva, así describimos y así describieron también los primeros cristianos el resultado de su encuentro con el Señor y con su llamada. Porque es en realidad nueva la vida que comienza en nosotros a partir del don de Dios. Nuevos sentimientos, nuevos horizontes, nuevas presencias, nueva ilusión y, sobre todo, nuevos hermanos. La visita del Señor, sobre todo cuando acontece en el regalo de su Espíritu, inaugura una novedad de vida en la que todos somos capaces de distinguir con nitidez un antes y un después de la misma. Y para esta vida nueva se requieren, evidentemente, nuevos criterios, nuevos ojos, nuevo corazón. Es algo de lo que podemos hablar todos aquellos que hemos vivido la hermosa experiencia de una efusión del Espíritu en nuestros corazones.

COMUNIDAD SÍ, PERO ¿QUÉ COMUNIDAD?

Lo primero que Jesús hizo cuando dio inicio a su ministerio apostólico fue rodearse de una comunidad de

amigos. Y ello no fue sólo ni primeramente para disponer de un grupo de hombres y mujeres a quienes implicar en su propia tarea, como quien está convencido de que cuatro manos trabajan más que dos. Para el Señor la vida precede a la tarea, y la tarea sólo tiene sentido cuando ésta comunica a quien le falta el don de la vida. La comunidad de Jesús fue por ello, ante todo, un grupo humano con quien vivir y convivir, con quien caminar, con quien buscar y con quien realizar primeramente la realidad del Reino que él anunciaba. Una comunidad de amigos, una familia de verdad en la que hacer visible, palpable y realizable el don de Dios que Jesús venía a comunicar. Jesús elige, por tanto, vivir en comunidad y a partir de ello ya no será posible para nosotros una religiosidad basada en la espiritualidad individualista, en la que lo importante es que cada uno arregle sus cuentas con Dios. Tampoco lo será una religión de culto, por profundo y hermoso que éste sea, en el que el individuo se encuentre con su Dios prescindiendo de lo que hagan los demás.

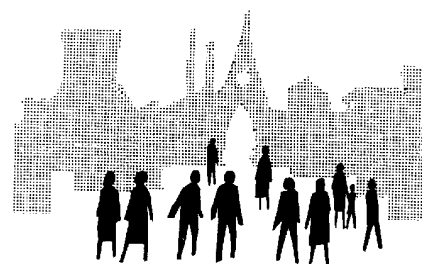
Israel, es cierto, había intuido y vivido a Dios siempre como PUEBLO. Este dato era básico en su teología. El Dios de Abraham es también el Dios de Israel, de todo un pueblo. No obstante, si nos fijamos en multitud de detalles que nos describe el Nuevo Testamento, esta verdad teológica no parecía implicar excesivamente la vida cotidiana de aquellos hombres y mujeres contemporáneos de Jesús.

No podemos decir lo mismo de la primera comunidad cristiana. Los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles se encargan de anunciarnos en medio de un estallido de gozo el nacimiento de un modo nuevo, totalmente nuevo, de encontrarnos y de vivir a Dios: como comunidad, como familia auténtica de hermanos.

Ser comunidad, formar comunidad

en Jesús no es ya un hecho optativo, un detalle de embellecimiento dentro de la vida de fe en él y de seguimiento de su persona. Constituye, sin duda, uno de los pilares básicos sin el cual estos no son posibles. Si la comunidad cristiana no aparece con realismo en el horizonte del individuo creyente nada serio se podrá construir, nada serio será perdurable, y la vida nueva será sólo una ilusión, un puro espejismo con vocación de fracaso.

Hablamos de comunidad. Pero ¿qué comunidad? ¿Nos referimos a la gran familia humana que habita este planeta? ¿Nos referimos a la comunidad de los creyentes, de todos los que comparten con nosotros la fe en Dios? ¿O tal vez nos referimos a la gran comunidad de la Iglesia Católica en la que hemos sido insertados por Dios a través de nuestro Bautismo? ¿Estaremos hablando en abstracto, más bien, de la comunidad que formamos quienes hemos vivido la experiencia de la Renovación...?

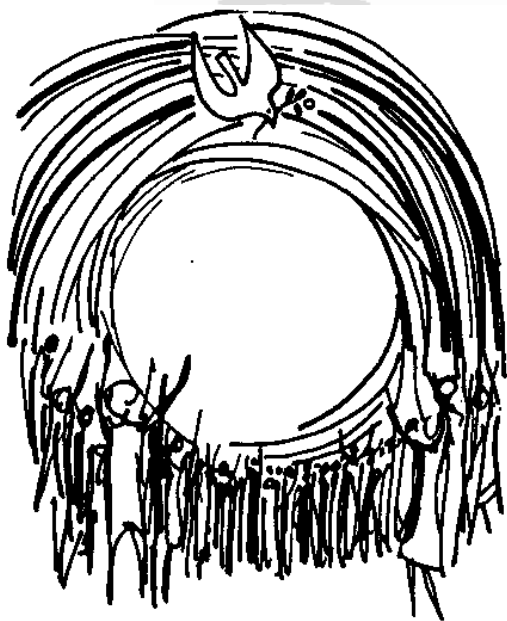


Todas estas comunidades son auténticas. Y en ellas hemos de vivir bien integrados. Pero es evidente que esa reflexión tiene como objetivo otro tipo de comunidad. La comunidad de la que hablamos es ésta formada por un grupo de hombres y mujeres que, desde su encuentro con el Señor común, se perciben a sí mismos como hermanos; hombres y mujeres por quienes el Espíritu ha suscitado un gran interés, cuyo nombre y rostro conocemos, cuyas manos estrechamos y cuya amistad constituye una de las

principales riquezas de nuestra vida. A distintos niveles, como las olas del mar, esta experiencia engloba de modo peculiar a la Iglesia entera con sus pastores, a los hermanos del grupo de oración, y de modo más concreto a aquellos con quienes coincidimos en la misma búsqueda en profundidad del Señor y en una vida más o menos compartida. Son los hermanos de todos los días, son la familia espiritual sin la que ya no queremos ni sabemos vivir.

LA COMUNIDAD, UN REGALO DEL SEÑOR

Tal comunidad es el primer REGALO del Señor. En la comunidad los hermanos y hermanas son percibidos como un don, como un regalo. Son, por decirlo desde el principio, el amor de Dios hecho carne que habita entre nosotros.



Los hermanos de la comunidad son la presencia del Señor, son su rostro, su palabra, su ánimo, su impulso... Hay momentos en los que vivimos tal experiencia de dicha en el encuentro con estos hermanos, y es tal el amor y el cariño que intercambiamos con ellos que entonces somos más que nunca conscientes de que el Señor, con su llamada, nos ha trasplantado a otra tierra, a su tierra justamente, en la que es posible vivir de una manera nueva. Este afecto fraterno es el pri-

mer signo y la primera definición básica de la comunidad que Dios nos regala. No sólo no sentimos el grupo como un peso, como una obligación, como una carga, sino que, antes bien, ya no sabríamos valorar la vida si estos hermanos nos faltaran.

Alguien dirá que se ha retratado la comunidad de una manera excesivamente idílica, que hay en ella también mucho más de humano, que hay, en fin, otros aspectos no tenidos en cuenta que hacen que la comunidad no sea sólo ese lugar maravilloso donde los hermanos se quieren y se gozan en su mutua presencia. Sin duda que eso es así. Donde estemos las personas no van a faltar los problemas ni la capacidad para volver opaco el don más precioso que se nos haya dado. Pero aún así, aún reconociendo que queda mucho más que decir de la comunidad no debiéramos renunciar nunca a lo ya dicho. Y no debemos hacerlo por una razón bien sencilla: porque lo dicho no es el reflejo de teorías más o menos acertadas, sino el resultado de una experiencia que bien pueden testimoniar muchos hermanos en la Renovación Carismática y, supongo yo, en otras comunidades igualmente suscitadas por el Espíritu en la Iglesia.

LA COMUNIDAD, LUGAR DE CRECIMIENTO

Efectivamente, la comunidad se convierte en el día a día en algo más que lo ya expresado. Siempre he pensado que Dios se puede servir de lo que él quiera para hacerse el encontradizo con el hombre. Se puede servir, y se sirve de hecho, incluso de aquello que aparentemente es una incongruencia con nuestra fe adulta. He encontrado personas que han descubierto a Dios, porque él así se les ha manifestado, en lugares y experiencias que no sólo no hubieran sido elegidas por mí, sino que, desde mi punto de vista, dejan mucho que desear con eso que llamamos la buena cordura humana. Dios es libre y a él nadie le obliga a hacer sus cosas de un modo concreto.

Pero el tema y el problema no están en el encuentro con el Señor y en el modo como éste se produce, sino en el crecimiento en la fe. La fe es una semilla delicada, un don precioso que ha sido sembrado en nuestro interior. Es la posibilidad de encontrar y vivir con madurez a Dios. Pero este don, recibido donde y como Dios ha tenido a bien dárnoslo, no crecerá ni se desarrollará sin la comunidad de hermanos. La comunidad es como el invernadero al cual se trasplanta la semilla del encuentro con Dios. En ella se dan las condiciones óptimas para su pleno desarrollo. Si ni aún así podemos garantizar desde el punto de vista humano el éxito de la empresa, ¿qué será de la experiencia que tiene que prescindir de este proceso? En realidad no nos hace falta elucubrar. Basta mirar a la práctica vivida con los hermanos.

La comunidad de hermanos es el lugar que Dios nos regala para nuestro crecimiento en la fe. Arropados por un pueblo de hermanos vamos haciendo la travesía del desierto que nos conduce desde nuestro modo de vivir, desde nuestros criterios meramente humanos, desde nuestra tierra, a la tierra del Señor.

La comunidad es el lugar donde aprendemos a ser personas para los demás, liberados paso a paso de la fuerza que tiene en nosotros el instinto de autonomía frente a los demás y frente a Dios mismo, instinto con el que llegamos al grupo. Ello requiere, evidentemente, altas dosis de valor y de entrega. Ayuda y mucho el amor a los hermanos. Y es a través de ese amor como el Señor nos irá curando del individualismo, del personalismo, del culto a nuestro propio yo con el que todos hacemos nuestro ingreso en la comunidad. El Señor nos va haciendo así adultos para la convivencia, cualidad sin la cual no existe una auténtica comunidad.

LA COMUNIDAD, LUGAR DE SANACIÓN

Al tiempo que nos va convirtiendo

en adultos para la convivencia, la comunidad nos va sanando por dentro, va descubriendo y curando nuestras heridas, sobre todo aquellas que nos han quedado siempre más ocultas. La comunidad nos hace no necesitar más las caretas. Somos amados por lo que somos, no por lo que nos gustaría ser o por lo que aparentamos.

Así, por ejemplo, en la comunidad el Señor nos cura de nuestros complejos, de sentirnos infravalorados, de una autoestima excesivamente severa y baja, con velo de humildad. También somos curados – de otro modo no podríamos permanecer en la comunidad – de nuestros sueños de grandeza, de una autoestima excesivamente benévola que nos convierte en imprescindibles allí donde queremos estar. La comunidad le pone a cada uno en su sitio, le asigna su rol, le enseña a valorarlo y, sobre todo, le anima a ejercerlo en bien de los demás.

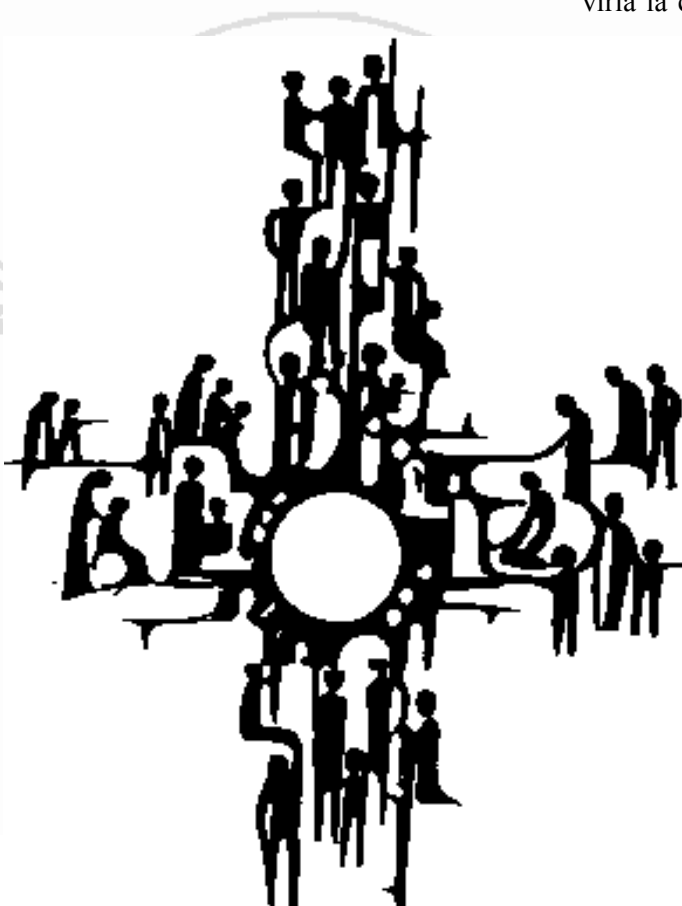
Es necesario que el Señor nos vaya liberando del apego que sentimos a nosotros mismos y de centrar la atención de nuestra vida en la satisfacción de lo que consideramos nuestras necesidades. La comunidad nos hace ver a los demás. Nos hace descubrirlos necesitados y nos enseña a ser servidores de nuestros hermanos. Cuando Dios nos hace capaces de entregar nuestra vida al servicio de los hermanos, entonces habremos alcanzado la madurez en nuestra fe.

LA COMUNIDAD, LUGAR DEL ENCUENTRO CON DIOS

Somos herederos de una fe de encarnación. Cada Navidad nos descubre a un Dios que en Jesús de Nazaret ha tomado un rostro humano. Por ello hemos de tomarnos muy en serio la encarnación del Señor. Cuando lo queremos buscar, cuando lo queremos servir, cuando lo queremos vivir, cuando lo queremos amar no podemos

estarnos mirando al cielo. Es aquí, entre nuestros hermanos, donde encontraremos al Señor.

La comunidad es ante todo la casa donde Dios habita. El Señor vive en su comunidad. “Señor, ¿dónde vives? Venid y lo veréis” (Jn 1, 38-39). Reunidos en torno al Señor encontramos su hogar porque él está “donde dos o más se reúnan en mi nombre” (Mt 18, 20). Vivir al Señor en medio de los hermanos es una de las experiencias más gratificantes que se nos han reservado en nuestros grupos de Renovación.



Es, por tanto, también el lugar de la escucha. Escuchar la palabra de Dios es vital. Vivimos de su palabra. No de la palabra de ayer, que ya está consumida. Cada día, cada tiempo nuevo requiere una palabra nueva. Somos seguidores, caminantes y no adoradores sedentarios. Sólo su palabra nos indica el cómo, el por dónde y la manera de caminar. Y el Señor regala su palabra abundante a la comunidad. Es más, la autenticidad de la palabra queda garantizada por la comunidad, por la Iglesia. Cuando un pueblo oye y obedece puede sentirse

en la certeza de estar realizando el auténtico diálogo con su Dios.

NO TE QUEDES SIN LA COMUNIDAD

¡Cuánto se puede decir de la comunidad! Todo esto no son sino pequeñas indicaciones de una realidad infinitamente más rica y profunda. Pero lo importante no es decir cosas sobre la comunidad, o saber cosas sobre la comunidad, incluso cosas buenísimas. Lo importante es VIVIR la comunidad. Sólo quien tiene la suerte de vivirla la conoce de verdad. No te quedes sin comunidad. Es el consejo que di hace poco a una chica que me habló de Jesús con un realismo y una pasión que no se encuentra, desafortunadamente, en muchas personas. Pero estaba sola. Sola y muy necesitada de hermanos.

Buscar la comunidad supone en primer lugar mendigarla en la oración. Es un don del Señor, no una obligación, ni tampoco un derecho. Buscarla con fe y acercarse a ella con humildad. Aunque el Señor te la haya dado, aunque la tengas al alcance de tu mano, tendrás que acercarte con humildad. No se exige ser comunidad. Uno se ofrece a ella y es acogido con agradecimiento.

No hace falta decirlo, pero lo primero que tenemos que entregar es nuestro tiempo. Si no tenemos tiempo para estar con los hermanos, para compartir con ellos, para alegrarnos juntos, tanto menos podremos pasar de ser componentes de un grupo de oración. Pero el don es muy superior.

P. Lázaro Iparraguirre, O.C.D.

Para Meditar...

Fragmento extraído del libro Proslógion de san Anselmo, obispo

Ea, hombrecillo, deja un momento tus ocupaciones habituales; entra un instante en ti mismo, lejos del tumulto de tus pensamientos. Arroja fuera de ti las preocupaciones agobiantes; aparta de ti tus inquietudes trabajosas. Dedicale algún rato a Dios y descansa siquiera un momento en su presencia. Entra en el aposento de tu alma; excluye todo, excepto Dios y lo que pueda ayudarte para buscarle; y así, cerradas todas las puertas, ve en pos de él. Di, pues, alma mía, di a Dios: “Busco tu rostro, Señor, anhelo ver tu rostro”.

Y ahora, Señor, mi Dios, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte.

Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré, estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Cierto es que habitas en una claridad inaccesible. Pero ¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Cómo me acercaré a ella? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgo, te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro.

¿Qué hará, altísimo Señor, éste tu desterrado tan lejos de ti? ¿Qué hará tu servidor, ansioso de tu amor, y tan lejos de tu rostro? Anhela verte, y tu rostro está muy lejos de él. Desea acercarse a ti, y tu morada es inaccesible. Arde en el deseo de encontrarte, e ignora dónde vives. No suspira más que por ti, y jamás ha visto tu rostro.

Señor, tú eres mi Dios, mi dueño y, con todo, nunca te vi. Tú me has creado y renovado, me has concedido todos los bienes que poseo, y aún no

te conozco. Me creaste, en fin, para verte, y todavía nada he hecho de aquello para lo que fui creado.

Entonces, Señor, ¿hasta cuándo? ¿Hasta cuándo te olvidarás de nosotros, apartando de nosotros tu rostro? ¿Cuándo, por fin, nos mirarás y escucharás? ¿Cuándo llenarás de luz nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo volverás a nosotros?

Míranos, Señor; escúchanos, ilumínanos, muéstrate a nosotros. Manifiéstanos de nuevo tu presencia para que todo nos vaya bien; sin eso todo será malo. Ten piedad de nuestros trabajos y esfuerzos para llegar a ti, porque sin ti nada podemos.

Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca: porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando te buscaré, buscando te desearé, amando te hallaré y hallándote te amaré.

El Rincón de los Testimonios

¿Cómo voy a poder escribir todo lo que el Señor me ha ido regalando desde hace un año, desde que tuve un grave accidente de circulación?

Empecemos por el comienzo. El día 27 de mayo de 2004, a las 8,45 horas de la mañana, sufrí un grave accidente de moto cuando iba al trabajo. Al parecer un coche no respetó un disco y choqué contra él. Salí proyectado varios metros por el aire, y al mirar por el rabillo del ojo a las fachadas de las casas, veía cómo éstas iban girando en el sentido de las agujas del reloj.

El choque contra el suelo fue brutal; caí al suelo de la calzada con la cadera derecha, y ahí debió de astillarse el hueco de la cadera donde se aloja la cabeza del fémur, al golpear éste en

la cavidad. El astrágalo, o la taba, del pie izquierdo, debió de romperse antes, al impactar el tobillo con el chasis de la moto en el momento del choque.

Una vez en la calzada, sólo podía conseguir estar sin sufrir dolor en una sola posición, sujetándome las piernas algo abiertas con los brazos y apoyando los codos en el suelo.

Empezó a formarse un corro de personas a mi alrededor sin saber muy bien qué hacer en esos momentos. Al poco tiempo, que a mí me parecieron horas, empezaron a sonar varias sirenas del SAMUR y de la Policía Municipal. El tiempo realmente transcurrido desde el choque no debió de ser más de cinco minutos. Me evacuaron en estado grave al hospital de La Paz donde me atendieron de urgencia, y

de ahí me llevaron posteriormente a la Clínica La Luz.

Hasta aquí los hechos mundanos de un acontecimiento más en la vida de cualquier persona. A partir de ahora relataré los regalazos y el cuidado con que el Señor me ha tratado en estos meses pasados.

En primer lugar debo decir que durante el año y medio pasado estuve llevando a mi hijo de quince años al colegio, es decir, unos 350 viajes aproximadamente y ¡qué casualidad!, el único día que no le llevo al colegio porque tengo que hacer una gestión de la declaración de la renta, es cuando tengo el accidente (primera “casualidad”).

En el Hospital de La Paz me atiende un doctor que me dice que como es

accidente de trabajo no pueden hacerse cargo de mi caso y que me tienen que trasladar al hospital de mi mutua de trabajo. Yo sólo llevaba año y medio en el trabajo, contratado en plantilla y cuando firmé el contrato me dijeron expresamente que si tenía una baja, por accidente o por otra circunstancia en el primer año, la empresa no se haría cargo. (Segunda "casualidad"): el accidente ocurrió no el primer año sino al año y medio de contratarme.

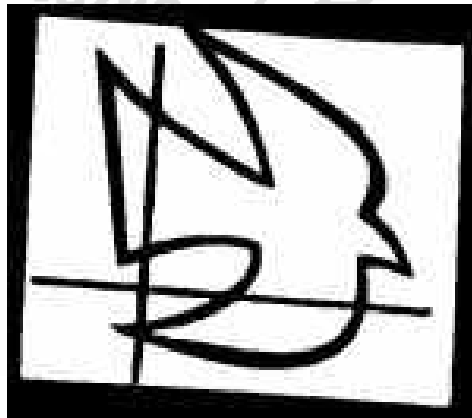
El doctor de La Paz me dijo que por mi mutua de trabajo me correspondería un doctor que él conocía y que estaba en el Hospital de La Zarzuela, a 11 Km. de Madrid. Yo pensaba en mi interior que ese hospital era el peor que me podía tocar, alejado de todos y con molestias para toda la familia. Al final el hospital que me tocaba era la Clínica de La Luz, que está a unos tres minutos andando del trabajo de mi mujer, con lo cual podía salir a verme y quedarse por las noches conmigo cuidándome (tercera "casualidad").

En la Clínica de La Luz está como jefa de enfermería la hija de una íntima amiga nuestra, con lo cual me dieron una de las mejores habitaciones de la Clínica, con vistas panorámicas impresionantes a la sierra de Gredos y Guadarrama (cuarta "casualidad").

Desde el primer momento que entré en el hospital me conectaron a un gotero, que no sé lo que contenía pero que hacía que no sintiera absolutamente ningún dolor en las heridas. Durante toda mi estancia en el hospital no he sentido el más mínimo dolor (quinta "casualidad").

El día 28 de Mayo por la tarde, es decir, unas 36 horas después del accidente, me operó el doctor Peñas del astrágalo izquierdo y me colocó un pasador por la pierna derecha, para tener en tracción el fémur hasta que se volviera a osificar o a formar cartílago en el hueco o cotilo de la cadera. Antes de la operación el propio doctor dijo que "... el astrágalo en el 100% de los casos como el suyo hay que volver a operarlo porque se necrosa" (o sea, que el hueso se muere al no recibir riego sanguíneo), y después de la operación añadió: "El hueso ha quedado como un saco de cáscaras de almendra cuando se machacan, y lo he tenido que sacar del cuerpo, colocarlo en la mesa de operaciones para recomponerlo y volverlo a colocar. Por lo tanto, ha estado 36 horas sin riego sanguíneo. Para sujetar el astrágalo te he colocado dos agujas y dos tornillos" (sexta "casualidad": el hueso no se necrosó).

Desde el 27 de mayo hasta el día del alta hospitalaria, el 14 de julio, estuve sin poder levantarme de la cama. Pues bien, en todos estos días el Señor de la Vida me inundó de una



Paz profunda, que yo no había notado ni conocido nunca. Hasta el momento de mi hospitalización yo no sabía realmente lo que significaba la palabra "Paz a vosotros" que les dijo el Señor a los apóstoles después de su resurrección. Ahora puedo decir que lo SÉ por propia experiencia.

Ahora si sustituís la palabra casualidad por la palabra "Gracia del Señor" veréis que he sido inundado, colmado, desbordado por los regalos del Señor y que me siento absolutamente mimado por mi Papá del cielo.

Sé que muchísimos hermanos míos de Maranatha y muchos familiares han rezado con insistencia al Señor por mí, por mi recuperación, y sé que las oraciones de intercesión han sido literalmente escuchadas y atendidas por Él.

Comprenderéis que teniendo un milagro en mi propio cuerpo, al que la ciencia terrenal no puede dar explicación, sólo podemos ALABAR, BENDECIR y GLORIFICAR al Dios de bondad, al Señor de todo lo creado, al Salvador del mundo, al Dios infinito y sobreabundante de misericordia que derrama su Gracia sobre todas sus criaturas.

¡Señor, que toda la creación se agache, se arrodille ante tu Majestad inconmensurable, que todo lo creado te adore con unción!

¡¡¡El honor, el poder, y la gloria es de nuestro Dios!!!

¡¡¡Bendito, alabado y glorificado seas Señor, por siglos sin fin!!!

Jesús R.

Recordemos qué es la Renovación

EL CANTO EN LENGUAS. *El dominico Vicente Rubio lo describe formidablemente al darnos su testimonio.*

Hace ya mucho tiempo, cierta tarde participaba yo, más como observador y crítico que como orante, en una asamblea de oración. Había más de trescientas personas. De pronto me di cuenta de una cosa. Nadie de los que cerca de mí estaban orando se expresaban en nuestro idioma castellano. Ni siquiera oraban en voz alta, según

costumbre, alabando intensamente a Dios... ¡CANTABAN! ¡CANTABAN SIN SER CANTORES! Y cantaban con una melodía que en nada se parecía a los cánticos antiguos o modernos. Lo más raro es que cantaban con palabras desconocidas. Fue una música sublime, pura, espiritual. Sólo Dios se dejaba sentir en ella.

Todo semejó a un orfeón gigantesco que, sin perder su elevación divina, comenzó suave, siguió creciendo, hasta alcanzar un clímax rotundo; al llegar a ese punto, era como una nota o un acorde inmenso, poderoso y fuerte. Cielos y tierra, la Iglesia y la creación entera cantaban al Dios infinitamente santo. O como si Dios se cantara a sí mismo, humildemente, en su inmensa gloria y nos dejara escuchar un rato aquí en este mundo la hermosura de su canción eterna. Luego las voces fueron disminuyendo poco a poco hasta que, como si un invisible director de coro hubiese dado la señal de terminar, la asamblea íntegra cesó de golpe en aquel maravilloso canto.

Me quedé perplejo. Porque los numerosos integrantes de la reunión no eran cantantes profesionales ni aficionados. Tampoco se trataba de ninguna canción conocida. Mucho menos de una entonación más o menos identificable. Era una melodía nueva, espontánea. La armonía misma, juzgada desde el punto de vista musical, resultaba rica, por no decir riquísima. Recordaba de lejos las composiciones sagradas alemanas, más armónicas que melódicas, llenas, intensas. Nada pregunté sobre aquello. Dirigí discretamente mi vista a la asamblea entera. Vi como toda ella se hallaba sumida en un recogimiento profundo. ¡Imposible poner a tanta gente de acuerdo para canturrear tan bien! Además..., en su mayoría, aquellas personas ignoraban la música. Tampoco había cancioneros ni partituras. Nada de estudio previo... ni ensayos. Únicamente allí se percibía a Dios en su imponente grandeza y en esa tremenda cercanía que Él tiene para con nosotros, rebosante de amor.

Cuando regresé a casa, abrí la Biblia para ilustrarme sobre lo que acababa de percibir. Leí el texto del evangelio de San Mateo 26,30, único sitio donde expresamente se dice que Jesús cantó: "Después de cantar el himno, se fueron (Jesús y los apóstoles) al monte de los olivos". ¿Sería el canto que yo había escuchado aquella tarde, una participación del canto que Jesús entonó en la tierra y sigue entonando

en el cielo, para alabanza y gloria del Padre por el poder del Espíritu Santo? Podía ser, pero aquel pasaje bíblico de San Mateo no me ilustró demasiado acerca de lo que tanto me inquietaba. Leí Hechos de los Apóstoles 16,25. Allí se relatava que estando Pablo y Silas presos en la cárcel "a media noche, orando Pablo y Silas, cantaban himnos a Dios". Quizás lo que Pablo y Silas cantaban a Dios se pudiera parecer a lo que yo había oído en la asamblea aquella tarde, pero el texto sagrado tampoco me aclaraba mayormente lo que anhelaba saber. ¿Qué hacer? Tratar de esperar con paciencia, a ver si se presentaba una nueva oportunidad.

Pronto se presentó el día esperado. Esta vez hallábanse a mi lado personas conocidas. Su voz y su gusto para cantar no rebasaban los límites de lo común y ordinario. De repente, cuando estábamos en oración intensa, sin nadie dar un aviso o una orden, comenzó el canto con palabras desconocidas. Todo el mundo participaba en él. A mi entender, resultó mucho más fino que en la otra ocasión. Un juego de melodías y armonías tan extraordinarias se cruzaban por aquí y por allá arrebatando el corazón y envolviéndolo en una atmósfera densa de presencia de Dios, de calma del cielo y serena alegría de la tierra.

Aquello era verdaderamente una sinfonía de voces que sólo podría estar inspirada y conducida por el mismo Espíritu Santo. Al acabar el canto, indagué. La persona que a mi izquierda se hallaba me dijo: "Sí, esto ha sido un canto en lenguas". Di gracias a Dios, porque de nuevo yo había sido testigo del paso del Señor por aquel lugar. Por suerte, un amigo acababa de llegar al sitio de la asamblea en mi busca, porque necesitaba comunicarme una noticia. Cuando salí a la puerta del local, el caballero se adelantó y me preguntó qué coro era aquél, y cómo cantaba tan bien, quién los ensayaba, etc. El se había quedado impresionado igualmente por el orfeón improvisado e inesperado.

Aprovechando el paso por esta ciudad de Santo Domingo de un nota-



ble biblista, graduado en la célebre Escuela Bíblica de Jerusalén, hube de consultarle sobre el fenómeno. Entonces me explicó que el canto en lenguas era una modalidad de la glosolalia u oración en lenguas. La única diferencia con orar en lenguas consistía, según él, que en el canto en lenguas el Espíritu Santo no sólo ponía las palabras en boca de los fieles sino también la música.

Cuando alguien sienta que el Espíritu Santo le impulsa a glorificar a Dios Padre por Jesús, el Señor, con un canto en lenguas, si es en una asamblea, hágalo cuando el momento sea oportuno para ello; si está a solas, hágalo siempre con toda la unción que sea posible como si estuviera cara a cara en la Divina Presencia. Porque es un canto de Dios para Dios. A su vez notará que su fe se acrecienta, su caridad se intensifica, su esperanza de poseer a Dios vibra con fuerza, su humildad aumenta. Al mismo tiempo, el gozo, la paz y el poder - sobre todo el poder- para hacer lo que por nosotros mismos nunca seríamos capaces de hacer por nuestro crecimiento propio y por todo lo que signifique ayuda y servicio a nuestros hermanos. Entonces se perdonan las ofensas, se aguantan mejor las burlas, se olvidan las distancias, las durezas se suavizan y prodigamos el bien calladamente y con sencillez.

En mi criterio, el canto en lenguas tiene un inmenso poder. El poder del Divino Espíritu tal como puede ser canalizado a través de una criatura humana. He ahí un canto nuevo para Dios. ¡El único nuevo!"

Vicente Rubio O. P.
(Relatado en la revista Alabanza)

Noticias...Noticias...Noticias

EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA RELIGIOSAS

En clima de silencio. Dirigidos por P. Juan Manuel Martín Moreno SJ

LUGAR: Centro de Espiritualidad del Sdo. Corazón de Jesús C/ Santuario, 6 (VALLADOLID)

CALENDARIO: Los días 21 al 28 de Julio

PRECIO: 223 €

Mandar respuesta antes del 20 de Marzo a:

Gloria Pastor

C/ Felipe II, 6

47003 Valladolid

Tfno.: 669 288 598

e-mail: gpasgor@yahoo.es

SEMINARIOS DE INICIACIÓN A LA VIDA EN EL ESPÍRITU

DURACIÓN aprox.: 2 horas, 1 día a la semana durante 7 semanas

MARANATHA. Comienza el Jueves 12 de Enero a las 19:30 h.

TOMELLOSO. Comienza el Viernes 20 de Enero

TORRIJOS. Comienza el Sábado 28 de Enero

ENCUENTRO REGIONAL DE LA ZONA CENTRO

LEMA: "VOSOTROS SOIS MIS AMIGOS" Jn, 15,14

LUGAR: Colegio del Sagrado Corazón – C/ Alfonso XIII, nº 127, esquina a c/ Paraguay (entrada al colegio por Paraguay)

CÓMO LLEGAR: Metro: Colombia (desde la Plaza de la República Dominicana, coger la calle Costa Rica y la tercera a la izquierda es Paraguay) Autobuses: 51, 40, 52 y 11.

CALENDARIO: Sábado 21 de Enero. A las 9,30 Acogida.

PRECIO: La inscripción será de 5 € por el alquiler del local. El pago se hará en la mesa de acogida a vuestra llegada.

A Tu Servicio



Queridos hermanos: simplemente recordaros que este boletín ha nacido con la vocación de ser distribuido por correo electrónico GRATIS.

Somos conscientes de que muchos de vosotros todavía no tenéis acceso a este sistema de correo. Por ello, permitidnos apelar de nuevo a los hermanos que ya lo tenéis para que contribuyáis a hacer llegar este Boletín a todos aquellos que les pueda interesar. Os damos las gracias por anticipado.

Recordaros también, que en las direcciones que ponemos debajo de estas líneas podemos recibir tus sugerencias y comentarios.

Dinos si el documento te ha servido para algo, qué te gustaría que incluyera o qué te sobra. Si tienes alguna colaboración que hacer, noticias, carta, testimonio, etc., estos son los sitios a los que enviarlas. Desgraciadamente, no te podemos garantizar su publicación, pero sí trataremos de encontrar el mecanismo para mencionarla, por si alguien la quiere conseguir por correo o e-mail.

Teléfono de contacto: 917735644 (Maria Jesús)

e-mail secretaria: beacarrasco@telefonica.net

Correo ordinario: Maria Jesús Casares Guillén

c/ Camino de los Vinateros, 119

28030Madrid

Tu equipo de servidores en la zona centro:

Begoña Flórez, Chalo González, Clara Albert, Conchita Jiménez, Licerio Osuna, Mamen Sánchez, Maria Jesús Casares, María de la Fuente.